

PRÓLOGO

POR QUÉ A BERTA NO LE APETECE
FOLLAR EN EL PRIMER CAPÍTULO
DE *AUTODEFENSA*

«Respetar la polla. Grabaos esta idea. Yo soy el que manda. Yo soy el que dice sí. No. Ahora. Aquí. Porque es universal, tíos, es evolutivo, es antropológico, es biológico, es animal. Nosotros somos hombres».

Magnolia, P. T. ANDERSON

«Follar es como ir a misa, ya sabes lo que va a pasar». La frase pertenece al primer capítulo de *Autodefensa*, una de las mejores series que he visto en los últimos años y una de las que más palos recibió. Si el mayor miedo que tenemos los hombres es a que se rían de nosotros, como sostiene la escritora Margaret Atwood, la serie lo hace de forma cruel y despiadada, sin buscar en ningún momento la complicidad o el codazo amistoso. No hay guiños. No hay una caída de ojos al final que indique que todo es un paréntesis irónico. Vale, chicos, sabemos que nos hemos pasado. En realidad, queremos entenderos y reírnos juntos. Para nada.

Lo que la serie deja muy claro es otra cosa: no nos importáis. Sois prescindibles para pasarlo bien o para pasarlo mal, como hemos sido nosotras en vuestras historias. No queremos oíros ni que nos miréis. No queremos vuestra

validación. No os admiramos, no os escuchamos, no os amamos y, por lo tanto, no os vamos a cuidar. Da igual si sois nuestros padres o hermanos. No nos vamos a hacer cargo. Nos hemos dado cuenta de que sois ridículos y ya no tenemos miedo a cómo podáis reaccionar.

La serie sigue la vida de dos mujeres jóvenes en Barcelona que tienen los nombres de las creadoras, Berta y Memé. Con un cambio de roles de género, su actividad encaja con las llamadas *buddy movies* o películas de colegas de la cultura Bro, donde se refleja la vida despreocupada y hedonista de la juventud masculina, ávida de experiencias antes de acabar en las dulces, pero asfixiantes garras del matrimonio. Son dos mujeres que se van de fiesta sin miedo a ser atacadas; dos mujeres que dicen que no y que dicen que sí, pero que no se enamoran porque no nos toman en serio; dos mujeres que hacen todo lo que hemos hecho nosotros en las pelis: tener la casa hecha una mierda, consumir drogas, reírse de las emociones ajenas, despreocuparnos de la logística, no cuidarse físicamente, ridiculizar la implicación de la persona con la que acabamos de estar o, en el último capítulo, mear en la calle. Es complicado que los hombres no sexualicemos un cuerpo femenino y es casi imposible que no sexualicemos un sexo femenino. Esta serie lo logró. No se maquillan, no se depilan, no buscan una luz favorecedora, no son amables, no quieren agradar, no buscan la mirada. Ellas son mirada. Es decir, antiporno.

Dos pijas, señalaron las críticas. No sabemos de dónde sacan el dinero, cómo se pagan ese piso. Están todo el día de fiesta. No hacen más que follar y drogarse. No se toman nada en serio. Son una caricatura que no refleja los problemas reales que sufren los jóvenes, como la precariedad laboral o el acceso a la vivienda. Más o menos, todo eso se dijo, otorgando a la serie un componente de representatividad que sorprendió a las creadoras, pero que encaja con el modelo social donde el varón blanco heterosexual es «lo uno» y todo

lo demás es «lo otro». Somos el centro. Hablamos por nosotros mismos o encarnamos a toda la humanidad, mientras que las otras voces son genéricas y representan a su grupo concreto. Carecen de esa capacidad de individuación porque son periferia. Aún hoy, existe la idea de «literatura» y «literatura de mujeres». De hecho, las mujeres aprenden a amar a los hombres en su individualidad, mientras que los varones nos socializamos en que ellas nos atraigan en su esencia genérica. Algo que se resume en las bromas de tipo «me gustan todas». Son las idénticas.

Señalar la falta de realismo era algo muy revelador porque, en general, la narrativa española es introspectiva y suele eludir todo lo que tiene que ver con las condiciones materiales. Durante años, mantuve una apuesta con las y los asistentes a mis talleres de lectura y escritura: si me traían diez narraciones sobre la crisis de 2008, invitaba a todo el mundo a unas cañas. Podían ser novelas, libros de cuentos, películas o series. Nadie lo logró. Creo que ahora esa lista sí podría hacerse, aunque con una presencia mayoritaria de la autoficción. Es decir, cómo me ha afectado a mí la crisis. El realismo tiene mala suerte en España. La movida acabó con el cine quinquí, la novela psicológica con la generación de los cincuenta y así podríamos seguir repasando cómo, desde el misticismo, no nos gusta la gente que explica lo que sucede.

La crítica material también enlazaba con una estrategia populista muy usada por la derecha estadounidense a partir de los sesenta y que, en los últimos años, ha llegado a Europa. Cualquier obra con un contenido de crítica social no es válida porque ha sido hecha por personas privilegiadas y desligadas de la realidad. Pertenecen a una élite intelectual que, en realidad, no solo desconoce los problemas de la gente común, sino que desprecia a los que no son como ellos. Son unos pijos de ciudad. Según este discurso, la hija de un fontanero y una cartera es parte de la élite intelectual en tanto que guio-

nista de cine, pero Álvarez de Toledo, Bernaldo de Quirós o Espinosa de los Monteros son pueblo. Para conseguir el engaño, se usan los elementos estéticos del consumo masivo o de los estilos de vida tradicionales, sean o no populares: toros, fútbol, caza, tradiciones, procesiones, comida, música, etc. Es una sensación de igualdad que ya explicó Andy Warhol: «Ves un anuncio de Coca-Cola por televisión y sabes que el presidente, Liz Taylor y tú la bebéis». Soy como tú porque hacemos lo mismo y llevamos la misma bandera, no importa que mi empresa te pague por debajo del salario mínimo y que después me quede con el 80 % de tus ingresos a través de mi fondo de inversión inmobiliario. Por eso, ese tipo de elementos estéticos son promocionados por los gobiernos derechistas. Bolsonaro suele aparecer con la camiseta de la selección de fútbol de Brasil y Donald Trump se vincula a la comida basura y ha sido el primer presidente estadounidense en activo que acude a la Super Bowl.

La estrategia funcionó con Ronald Reagan, a quien se pudo presentar como un honesto hombre de campo gracias a su pasado como actor en películas del Oeste y, años después, pareció tocar techo al convertir a George W. Bush, nacido en una de las familias más influyentes de Estados Unidos y exalumno de Yale y Harvard, en un simpático granjero tejano. Las fotografías lo presentaban cortando leña para una barbacoa o tomando una cerveza viendo la Super Bowl. Mira, soy como tú. No soy un engréido sabelotodo de la Costa Este. Identificarse con el «triunfador» a través de esos elementos simbólicos es una forma de huir de una identidad «perdedora» y es una de las razones de la masculinización del porno. En *La razón neoliberal*, la politóloga argentina Verónica Gago explica que, en contextos de desposesión, deslocalización y crisis, las clases populares terminan por reproducir el discurso vitalista de las élites. Es un producto aspiracional muy barato cuando desaparece la movilidad

social. En 2016, esa estrategia convirtió a un millonario neoyorquino en la representación del hombre común.

Es un discurso que, como veremos, pertenece al proyecto del neoliberalismo de destruir cualquier estructura de saber experto como condición para acabar con los espacios comunes. Por ejemplo, la verdad o la ley, pero también la ciencia o incluso la geografía. La administración Trump propuso en enero de 2024 un cambio unilateral de nombre para el golfo de México y la propuesta fue aceptada ese mismo mes por Google Maps. El conocimiento también debe ser un mercado. No hay conversación pública, sino competición de productos dentro del flujo de contenido. Cualquier opinión debe poder ser tan valiosa como el saber experto nacido de una estructura reglada y objetiva. El objetivo del neoliberalismo es cerrar la etapa de las revoluciones y una de ellas fue la científica. Las actividades basadas en hechos, como el periodismo o la ciencia, son cuestionadas y evolucionan hacia mercados abiertos de narrativas, donde ganan terreno los modelos basados en el consumo porno: excitación y descarga. Los productos buscan llamar la atención y una posibilidad es perder el pudor e incorporar cosas que estaban en los márgenes, como el racismo o el machismo. En el caso de la industria para adultos, las escenas extremas o la agresividad.

No es extraño que, a la ficción, se le pida un componente moral que ya no se exige a la realidad, pero la mordacidad de las críticas indicaba que *Autodefensa* había tocado la encía sin anestesia. Como sostiene la filósofa Clara Ramas, «todo ajuste en la estructura binaria toca hueso. Es el núcleo duro de nuestro orden simbólico». Cualquier desplazamiento de lo masculino y lo femenino se encuentra con una reacción porque amenaza lo más íntimo de nuestra identidad: quién soy, qué hago aquí, qué se espera de mí.

El modelo tradicional de género ofrecía respuestas claras. Los hombres ocupan —ocupamos— el espacio público.

Trabajamos para conseguir ingresos con los que se sostiene la familia que debemos formar y a la que también tenemos que proteger. A cambio, obtenemos reconocimiento, cuidado y acceso al cuerpo de las mujeres: el contrato sexual teorizado por Carole Pateman. Somos activos. Hablamos, escribimos, tomamos decisiones. Ante un suceso, tenemos que hacer algo. Somos el cabeza de la familia. Las mujeres se encargan de cuidar en el espacio privado y de vehicular las emociones, por ejemplo, a través de la escucha o la mediación. Son pasivas. Resistentes. Son la columna de la familia. Ante un suceso, se preocupan de que todo el mundo esté bien. Son la recompensa, la princesa al final del cuento. El ángel del hogar. Un equipo perfecto.

En el último medio siglo, este reparto de papeles ya no sirve y el flujo ha sido desigual. Mientras las mujeres accedían al espacio público y, tras formarse, lograban ingresos e independencia, los hombres no nos hemos interesado por el espacio privado, sus acciones y sus emociones. Quizá porque, tradicionalmente, ha sido un mundo devaluado y tiene menos prestigio social. Por ejemplo, hay mucha épica sobre las guerras, pero poca sobre los partos, una actividad históricamente bastante más peligrosa. Esto ha provocado una reacción que se vive como una discriminación: nos han desplazado, nos han quitado nuestro espacio, estamos marginados, nos han cancelado.

Ante cualquier problema, el modelo tradicional ofrecía una respuesta: sé un hombre. No vaciles, no llores, no pidas ayuda. Los tíos no hablamos de nuestras cosas, no compartimos dudas, preocupaciones o tristezas. En general, no sabemos cuidar y no sabemos cuidarnos, pero el gran problema son las emociones, donde necesitamos la presencia femenina como mediadora, como explica Clara Ramas. En su ausencia, la forma de expresarnos es mediante la acción. Mejor, si es pública y visible. El lugar común dice que, ante las

crisis de edad, los hombres cambian de pareja, se ponen a hacer deporte o se compran un vehículo nuevo. Hacer algo que se vea y sea reconocido. Otras formas de mostrarlo son el dominio o la agresividad, imponerse a otra persona o estallar. Cabe recordar que, dentro del modelo tradicional, las peleas, el deporte o las novatadas eran las únicas ocasiones en las que un hombre podía tocar a otro sin que se pusiera en duda su orientación sexual. En el último caso, un varón podía incluso tener sexo con otro sin que se cuestionase su viril heterosexualidad. La clave era que se desarrollase en una dinámica desigual, como una manifestación de poder.

Las críticas hacia la serie hablaban de lo material para no entrar en el tema. *Autodefensa* no solo ridiculiza la masculinidad lo mismo que las películas de colegas han hecho decenas de veces con los comportamientos habitualmente atribuidos a lo femenino, sino que da un paso más. La subversión es mostrar a dos mujeres con la confianza que la socialización nos proporciona a los varones de forma natural gracias no solo a esa falta de exigencia y a la seguridad de que siempre habrá una mujer que se haga cargo, sino a la capacidad de utilizar todo el espacio por la ausencia de esos sistemas de control informales que van desde la sexualización al abuso o la violencia.

Son dos mujeres sin miedo. Son dos mujeres que no tienen esa mirada siempre alerta, cuidado no sea que, vete con ojo, el daño ajeno escrito en la propia piel, la microfísica sexista del poder de la que habla la politóloga Nerea Barjola y que sirve para segregar espacios físicos y psicológicos. Ten cuidado, aquí no puedes estar, mira a ver cómo te vistes, atenta a la bebida, mejor estar callada. Cada acto es parte de un lenguaje estable que permite asumir ciertos comportamientos y rutinas sin que sea necesario explicitarlos. La disciplina crea cuerpos dóciles que responden sin que sea necesario ordenar, dice Barjola. Son cuerpos hábiles en ser útiles para otros.

Odiar a los hombres es el capítulo más explícito. En él, se explica cómo el principal problema de las mujeres es que están educadas en la responsabilidad. Desde niñas, se les enseña que tienen que hacer las cosas correctamente, agradar y cuidar, porque siempre hay gente observándolas, examinándolas y juzgándolas. Pueden ser hombres o mujeres con mirada masculina, lo que se conoce como *male gaze*. Normalmente, ellas mismas. Es la ley del agrado. Gustar y que te quieran, lo que hace que la autoestima dependa de la valoración ajena, algo clave emocionalmente en los lugares que cambian la producción por el turismo. Esa socialización en el cuidado les obliga a hacerse cargo de los varones que tienen cerca, a los que no se pide que hagan las cosas correctamente porque, ya se sabe, son niños. Son activos. Tienen que desarrollar su creatividad. Las mujeres tienen que contenerse porque su papel es hacerse cargo.

En el caso de la protagonista, el niño del que se tiene que hacer cargo es Dídac Nadal. En mi colegio, siempre sentaban a alguna niña lista al lado de un niño medio tonto para que le hiciera de madre, dice Berta. Nunca le ayudé, añade, bebiendo una copa de vino, nunca le hice una ficha, nunca le dejé los deberes, nunca fui una buena madre para él. Debes tener paciencia con Dídac Nadal, me decían en el colegio. Le cuesta mucho. Debes tener paciencia con tu amiguito Dídac Nadal, me decía mi madre, como ella había tenido que tener paciencia con mi padre. Toda su vida teniendo paciencia, como mi abuela había tenido que tener paciencia con mi abuelo. Aquí tocamos hueso. Hasta ahora, era gracioso reírse de un niño gordito que olía a fiambre, pero la paternidad es otra cosa.

Mi padre, dice Memé, es un inútil igual que Dídac Nadal y ahora, de repente, a sus cincuenta y pico de años, tiene depresión porque se ha dado cuenta de que es un completo inútil. La empatía es una de las cualidades tradicionalmente aso-

ciadas a lo femenino. Quizá, la más importante, porque nos asegura que una mujer se hará cargo de las cosas cuando se compliquen y lo hará de forma íntima y silenciosa, sin esperar reconocimiento. Bajo la cruz, quedaron solo tres mujeres, las tres Marías: María, María de Cleofás y María Magdalena. Las protagonistas de *Autodefensa* no empatizan con alguien enfermo, ni aunque sea su padre. ¿Qué será de nosotros?

Mi padre, continúa Memé, nunca ha tenido que hacer nada porque es un hombre y pertenece a esa generación a la que han dicho que son los buenos. Es mi madre quien tiene que pedirle la cita del médico. Es mi madre quien le corta las uñas de los pies. Es mi madre quien le organiza las comidas con los amigos, las excursiones al Montseny. Y es mi madre, concluye, quien me pide que lo llame porque le hará ilusión. Es decir, la mujer se hace cargo de todo, incluso de las emociones del hombre. Es el problema emocional que desarrolló la política soviética Aleksandra Kolontái. Para los hombres, el sentido de su vida nunca es el amor, sostenía, sino desarrollar su individualidad. En cambio, las mujeres se entregan sin reciprocidad, por lo que no solo resultan explotadas, sino que viven en un continuo déficit emocional de reconocimiento y bienestar. Es decir, de amor.

Es lógico que los hombres hayamos podido escribir, pintar, legislar, investigar o comerciar. Mientras nosotras amábamos, ellos gobernaban, sostiene la escritora Kate Millet. Siempre había una mujer preparando la comida y organizando las excursiones al Montseny. El patriarcado es una estructura de poder que garantiza que cualquier hombre tendrá las herramientas disponibles a su alcance para sentirse por encima de cualquier mujer. Si, como afirma el sociólogo Loïc Wacquant, la segregación es un estado del bienestar basado en la raza, el patriarcado es un estado del bienestar basado en el género y es fácil construir una narración autocomplaciente que nos diga que somos los buenos y que todo ha

sido mérito propio, borrando la parte negativa, la marginación y la explotación de otros seres humanos, las dinámicas asimétricas con las que se ha desarrollado la historia de la humanidad y que el porno erotiza para excitarnos.

Como sostiene la filósofa Florencia Abadi, «el absoluto patriarcal es el reino de los seres que no reconocen haber recibido nada», algo que comienza desde el origen. Aceptamos proceder de una madre, pero no del deseo de una mujer. La Virgen concibió y fue concebida sin pecado: la Inmaculada Concepción, un dogma del puritano siglo XIX. Para Abadi, el origen de la misoginia es la envidia de la capacidad creadora de la mujer. Los hombres hacemos, queremos hacerlo todo, pero no podemos hacer lo más importante.

No hemos escrito, pintado o investigado por ser más capaces, sino porque el trabajo de esas personas, disfrazado de amor o producto de la coacción, nos daba el tiempo necesario para hacerlo. También, porque teníamos estructuras de poder formales o informales para cerrar el paso y que el mundo y la historia fueran una conversación entre caballeros. Por último, cuando había algún fallo del sistema y alguna mujer se colaba, solía ser arrinconada inmediatamente. Los escritores de cierta edad se quejan cuando se recupera a alguna autora ya fallecida y hablan de inclusión forzada, quizá para no pensar que lo impuesto era lo otro. Es decir, la situación anómala fue la que permitió tener tanto espacio a un porcentaje muy pequeño de la humanidad. Siempre es duro darse cuenta de que no eres tan bueno y, aún peor, que quizá el mundo que viene no te recordará porque la estructura que permitió tu carrera está desapareciendo. De ahí, la reacción actual.

Es lógico que, a nivel general, los grupos que han tenido ciertas cuotas de poder reivindiquen ese viejo contrato social basado en la exclusión y la desigualdad cuando se resquebraja el que lo sustituyó, basado en la inclusión y la redis-

tribución. Es decir, la fuerza y la ley. Si los derechos humanos están en crisis y la movilidad social se percibe como algo roto, puedo refugiarme en mi paraguas particular como europeo, hombre, blanco, heterosexual o propietario y defenderlo de forma agresiva. Si la política no me ofrece esperanza, ciertos relatos pueden darme certezas. Son caminos opuestos, pero llegan al mismo lugar: seguridad emocional, la sensación de tener el control.

«Una vez que dejemos de valorar más lo público que lo privado, seguramente estaremos abocados a no entender por qué hemos de valorar más la ley, el bien público por excelencia, que la fuerza», sostenía el historiador Tony Judt. Si las estructuras públicas y generales de bienestar se degradan, no es extraño que los grupos sociales se refugien en otros aspectos, como lo cultural, y traten de construir redes segregadas y, además, que lo hagan de una forma cruda, tanto nativos como migrantes. Se habla de los problemas de integración de la gente que llega a un sitio, pero deberíamos pensar que el principal problema es que los que ya estaban no quieren formar un grupo común. La hospitalidad era un deber histórico en culturas como la griega o la cristiana.

Como el modelo propone la competición como formato para hacerse con los recursos, esas redes estarán basadas en la homogeneidad y su actuación tendrá un componente violento que, salvo que sea necesario, no pasará de lo lingüístico o la representación, pero también puede concretarse. Discursos que se susurraban, como el machismo o el racismo, se presentan de forma explícita y ganan legitimidad con el fin de asustar a otros grupos para que no compitan por los mismos recursos. Es la funcionalidad clásica de la violencia contra «el otro». No es cuestión de que no estén, sino de que no crean tener los mismos derechos. Eufemísticamente, a esa segregación del espacio público se le llama «un mundo ordenado».

Vuelve Berta a hablar: a todos los hombres, solo se les exige que sean una buena persona. Yo hago los deberes, soy ordenada, he sido cuatro veces la delegada de la clase, siempre llego puntual y además soy muy creativa. Participo en todas las actividades del cole. Hago música, danza y teatro. Soy mejor que Dídac Nadal. La empatía es una virtud tradicionalmente femenina igual que la confianza es masculina. Es muy extraño oír hablar a una mujer con esa seguridad, explicitando sus logros o virtudes. De hecho, es más habitual el autodesprecio y, por ejemplo, hablar de sus proyectos con diminutivos. La mujer ambiciosa ha sido castigada en los relatos clásicos, siempre hay un lobo para quien se sale del camino. En nosotros, es lo que se espera. Eres un hombre, puedes hacer cosas, tienes que hacer cosas, tienes que decir las cosas, tienes que protagonizar las cosas.

Desde el patio del colegio, los hombres estamos socializados en la ocupación del espacio. Señalamos las porterías y, tras expulsar los comportamientos tradicionalmente femeninos, competimos con otros hombres. Mientras nosotros estamos concentrados en la actividad, ellas tienen que estar atentas, vigilar, hacerse cargo. Es decir, estar a varias cosas a la vez, una capacidad que parece innata. Si recibes un balonazo, es que te pusiste en peligro por estar en el lugar inadecuado, una enseñanza que luego se aplica a cualquier espacio. De todos los deportes, el fútbol es donde las mujeres han recibido más inquina cuando han buscado participar en igualdad de condiciones. La clave es que no es un deporte, sino un territorio, lo mismo que los videojuegos. El *gamergate* fue una campaña de ciberacoso que comenzó en 2014 a las mujeres de la industria de los videojuegos en foros y redes sociales. Aunque esté gestionado por empresas privadas y las administraciones hayan desistido, hablamos de segregación en un ciberespacio que debería ser público.

El porno también es un territorio. Como sostienen Ana-lía Iglesias y Martha Zein, el porno es una utopía de pollas sin problemas de erección ni rendimiento, vulvas abiertas e hinchadas, anos blancos sin mierda ni dentro ni fuera. Más rápido, más fuerte, más duro. Es una utopía masculina. Es el país de las maravillas donde seguimos siendo los fuertes, los proveedores, los empotradores, los que deciden, los que monopolizan la actividad, los que controlan el relato. Es un refugio donde nuestros deseos se cumplen, nuestra voluntad se impone, se mantienen los privilegios, la estructura de poder está inalterada y nuestra superioridad queda clara constantemente. Si, como decía Virginia Woolf, los hombres buscamos un reflejo que nos engrandezca, el porno es el gran espejo trucado. Es una de las construcciones sociales que convierten la diferencia en desigualdad.

¿Qué pasa si nos da la gana ser unas zorras o unas tontas o unas flipadas?, dice Memé. ¿Qué pasa si no queremos tu puta opinión, qué pasa si no queremos que intervengas en nuestra conversación? ¿Qué pasa si te pasamos la mano por la cara? Nada, se responde en la serie. El porno recupera la respuesta tradicional: me da igual lo que pienses porque haré lo que quiera. Todo ajuste en la estructura binaria toca hueso. Que las mujeres pudieran votar o trabajar significaba destruir la división público-privada. Que las mujeres ejercieran su libertad sexual, sostiene Clara Ramas, significaba destruir el único modo posible en que los hombres han adiestrado su deseo, como posesión y depredación.

Decir «yo quiero» es la base de la identidad y es complicado decir «yo quiero» si alguien tiene que pensar qué quieren los demás. El poder es la capacidad de estrechar el vínculo entre voluntad y agencia, y que esa estructura sea reconocida por otros. Las ficciones tienen que ser creídas para ser efectivas; pero, sin la primera parte, no hay desarrollo posible. El deseo femenino ha sido un tabú durante siglos

porque es el primer elemento del poder. Pienso, luego existo. Quiero, luego existo para mí mismo. Hago, luego existo para los demás.

En el porno, el no de las mujeres puede ser cuestionado y es habitual que sea el argumento central de la escena. Uno de los puntos excitantes es invadir el espacio y romper la resistencia inicial. Es decir, vencer el obstáculo, plantearlo como un desafío. Puede ser mediante la palabra, el dinero o la violencia, ya sea como amenaza o concretada. También, como explosión histérica al ver el físico masculino. Otro argumento habitual es la incapacidad de las mujeres para mantener el control de su propio cuerpo al ver una polla descomunal. Como explica la filósofa Mónica Alario, el derecho a la autonomía sexual de las mujeres, marcar límites respecto al acceso a su espacio, entra en conflicto con el deseo de los hombres de acceso total. Solo un igual puede restringir. El porno manda un mensaje claro: sucederá. Más que deseo o encuentro, el porno muestra la manifestación de la voluntad neoliberal: lo hago porque puedo.

De nuevo, la dinámica actividad-pasividad. Los hombres hacen, las mujeres admiran; los hombres hablan, las mujeres escuchan; los hombres empotran, las mujeres dilatan. En la visión clásica, el cuerpo de la mujer tenía un papel pasivo en la reproducción y era el horno donde se desarrollaba el ser creado por la semilla masculina. El porno recupera el espermatozoide como elemento protagónico, ya no tanto como potencia creadora, sino como muestra de dominio. Marca terreno. La subversión que propone la serie no es tanto que las mujeres hagan y hablen, algo casi asumido y recogido en buena parte por las leyes europeas, sino que las mujeres no admiren y no escuchan. La clave es el abandono del otro espacio simbólico que, si queda vacío, ¿quién lo ocupará?

La maternidad forma parte de ese territorio y es una actividad insustituible. Lo que la serie presenta sutilmente y

con humor es el fantasma que recorre Occidente: las mujeres ya no quieren formar familias y es algo que va más allá de los salarios o el acceso a la vivienda. No quieren asumir una doble o triple jornada laboral. No desean compartir su vida con gente con la que no comparten una visión del mundo. Están hartas de cargar con gente aparentemente adulta que no solo no se ocupa de la crianza, sino que hay que pedirles cita en el médico. Ellas tienen formación y empleo, y ya no quieren sacrificar su vida para otros. No quieren hacerse cargo. El relato del amor, la dedicación y el cuidado ya no sirve, los viejos mitos del reloj biológico o la amenaza de la soledad tampoco funcionan. De hecho, son proyecciones porque somos nosotros los que no sabemos estar solos.

Una de las respuestas es reaccionaria: hay que virilizar la sociedad. No es la única, pero es muy ruidosa y enlaza con esas luchas particulares por los recursos cuando los discursos colectivos basados en la esperanza desaparecen. El patriarcado es una estructura de poder que busca el control de la fertilidad humana y la reacción masculinista, desde la derogación de las leyes sobre salud sexual y reproductiva a la promoción del modelo de esposa tradicional, quiere recuperarlo. La palabra maternidad recorre el mundo: Moscú, Pekín, Washington o Madrid. No natalidad, sino maternidad. Es decir, una propuesta política sobre los cuerpos y las vidas de las mujeres.

La cuenta @errederoja lo explicó bien: «Cuando el modelo dominante de mujer era el de ama de casa que no estudiaba ni trabajaba, el marido babeaba por la secretaria porque le excitaba una mujer soltera, profesional, que hablase su mismo idioma y que no tuviese cargas para poder tomarse una copa al salir del trabajo. Ahora que las mujeres estudian, trabajan y son independientes, les excita la idea de la mujer dulce, servil y ama de casa, y lanzan pestes sobre cualquier modelo de feminidad que se aleje del ángel del hogar.

Detrás de esto, solo hay inseguridad. Hablar de kilometraje es lo mismo que reconocer que eres un acomplejado que piensa que no va a poder satisfacer a una mujer con experiencia. No querer que tu mujer trabaje es la manera de asegurarte que dependa de ti y no te pueda dejar. Exaltar todo esto como atributos femeninos deseables solo te deja como un perfecto inútil que solo es capaz de mantener a una mujer a su lado si no sabe lo que es un buen polvo y no tiene dónde caerse muerta».

LA NOVIA ES LA MAMÁ ELEGIDA

Chris: Intento aproximarme a mi lado femenino.

Eve: Pues sal y divide tu salario por la mitad.

Doctor en Alaska, VV. AA.

El porno mayoritario o comercial, el que veremos en este libro, es uno de los espacios donde la dinámica actividad-pasividad se mantiene fiel a la estructura tradicional de género. Se puede alegrar que no cabe otra cosa por cuestiones anatómicas: unos genitales penetran y otros son penetrados. La misma biología nos recuerda que los varones compartimos dos orificios, ano y boca, que podrían dar mucho juego. La estructura actividad-pasividad tiene más que ver con la dinámica de poder, como sostiene la historiadora Patricia González. A partir de ahí, se crea la estructura binaria de roles: decisión y cuidado, movimiento y quietud, audacia y previsión, duro y blando, seco y húmedo, fortaleza y refugio, palabra y escucha, artista y musa, dominio y sumisión. La novela con ese título de Michel Houellebecq explicaba cómo los hombres podemos aceptar dócilmente un nuevo modelo político y cultural siempre que nos devuelva a la parte alta de la jerarquía.

En general, el cuerpo humano es un parque de atracciones y, desde aquí, se anima a probarlo todo. En el mundo de